



*Historia
del ojo*

Georges Bataille



La sonrisa vertical



Puede decirse sin temor que *Historia del ojo* es la obra maestra de la literatura erótica. En ella confluyen, por un lado, la mejor prosa en clave surrealista de este gran novelista, ensayista y poeta francés y, por otro, la esencia de su obsesiva preocupación por el sexo, la muerte y la fe —su fe— que configura, en realidad, gran parte de su obra. Partiendo de un proceso creativo muy querido de los surrealistas, relaciona, en una trama anecdótica, de hecho, muy simple, las imágenes que de un modo inconsciente y automático evocan el ojo, el huevo, el sol, los genitales del toro, con toda su carga de connotaciones atávicas, y nos las «revela» en su contenido erótico más revulsivo. El personaje de la joven Simone, que transgrede en todos sus actos cualquier norma de comportamiento sexual admitido, moral y conscientemente, es la encarnación, por una parte, del Deseo inconsciente y, por otra, del Pecado, de lo Prohibido y por ende del Placer, que a su vez, por ser fruto del mal, no es más que portador del máximo castigo: la muerte. Así pues, el goce en su plenitud sabe siempre a muerte...

ADVERTENCIA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Existen cinco ediciones de este libro de Georges Bataille. La primera fue publicada en 1928 con el pseudónimo de Lord Auch, y se tiraron ciento treinta y cuatro ejemplares con ocho litografías de André Masson, el pintor surrealista. La segunda se publicó en Burgos (!) en 1941 y la edición aumentó a quinientos ejemplares. En 1940 se editó una reescritura de la novela ilustrada con grabados de Hans Belmer (otro extraordinario pintor surrealista), en Sevilla, espacio geográfico de uno de los episodios capitales del texto, ahora con el cabalístico tiraje de ciento noventa y nueve ejemplares. La penúltima edición es la única que lleva el nombre de Georges Bataille y fue publicada póstumamente en 1967, por la editorial de Jean Jacques Pauvert, con el facsímil de un *Plan de una continuación de Historia del Ojo*; su tiraje fue de diez mil ejemplares. De esta versión se tradujo la que publicó en español la editorial Ruedo Ibérico, en París, en 1977, sin nombre de traductor. Esta reescritura del texto se añade como apéndice en el volumen I de las *Obras Completas* que la editorial Gallimard empezó a publicar con una presentación de Michel Foucault desde 1970. Las obras de Bataille se inician justamente con *Historia del Ojo*, primer libro importante del escritor y que Denis Hollier editó. Escritura original de la que yo traduje este texto.

En la versión que propongo no aparece el *Plan de una continuación*: creo que no añade nada especial al texto, al

contrario, rompe el suspenso del final. En cambio, he traducido el artículo y las notas correspondientes a «Ojo» del *Diccionario crítico* que Georges Bataille publicó en la revista *Documents*, en 1929, después de la aparición de la famosa película de Buñuel y Dalí, *El perro andaluz*. Esa revista contiene algunos de los mejores textos de Bataille; reproducidos por la Editorial Mercure de France, aparecieron en 1968 reunidos por Bernard Noël. El artículo «Golosina caníbal» es la segunda parte de un texto dedicado a «Ojo». La primera parte la escribió Robert Desnos («Image de l'oeil» - «Imagen del ojo») y la tercera parte Marcel Griaule («Mauvais Oeil» - «Mal del ojo»).

También incluyo, de *Documents*, el artículo «Metamorfosis», porque puede relacionarse muy bien con *Historia del ojo*.

M. G.

I-EL OJO DEL GATO

Crecí muy solo y desde que tengo memoria sentí angustia frente a todo lo sexual. Tenía cerca de 16 años cuando en la playa de X encontré a una joven de mi edad, Simone. Nuestras relaciones se precipitaron porque nuestras familias guardaban un parentesco lejano. Tres días después de habernos conocido, Simone y yo nos encontramos solos en su quinta. Vestía un delantal negro con cuello blanco almidonado. Comencé a advertir que compartía conmigo la ansiedad que me producía verla, ansiedad mucho mayor ese día porque intuía que se encontraba completamente desnuda bajo su delantal.

Llevaba medias de seda negra que le subían por encima de las rodillas; pero aún no había podido verle el culo (este nombre que Simone y yo empleamos siempre, es para mí el más hermoso de los nombres del sexo). Tenía la impresión de que si apartaba ligeramente su delantal por atrás, vería sus partes impúdicas sin ningún reparo. En el rincón de un corredor había un plato con leche para el gato: «Los platos están hechos para sentarse», me dijo Simone. «¿Apuestas a que me siento en el plato?». «Apuesto a que no te atreves», le respondí, casi sin aliento.

Hacía muchísimo calor. Simone colocó el plato sobre un pequeño banco, se instaló delante de mí y, sin separar sus ojos de los míos, se sentó sobre él sin que yo pudiera ver cómo empapaba sus nalgas ardientes en la leche fresca. Me quedé delante de ella, inmóvil; la sangre subía a mi cabeza y mientras ella fijaba la vista en mi verga que, erecta, distendía mis pantalones, yo temblaba.

Me acosté a sus pies sin que ella se moviese y por primera vez vi su carne «rosa y negra» que se refrescaba en la leche blanca. Permanecimos largo tiempo sin movernos, tan conmovidos el uno como el otro. De repente se levantó y vi escurrir la leche a lo largo de sus piernas, sobre las medias. Se enjugó con un pañuelo, pausadamente, dejando alzado el pie, apoyado en el banco, por encima de mi cabeza y yo me froté vigorosamente la verga sobre la ropa, agitándome amorosamente por el suelo. El orgasmo nos llegó casi en el mismo instante sin que nos hubiésemos tocado; pero cuando su madre regresó, aproveché, mientras yo permanecía sentado y ella se echaba tiernamente en sus brazos, para levantarle por atrás el delantal sin que nadie lo notase y poner mi mano en su culo, entre sus dos ardientes muslos. Regresé corriendo a mi casa, ávido de masturbarme de nuevo; y al día siguiente por la noche estaba tan ojeroso que Simone, después de haberme contemplado largo rato, escondió la cabeza en mi espalda y me dijo seriamente «no quiero que te masturbes sin mí».

Así empezaron entre la jovencita y yo relaciones tan cercanas y tan obligatorias que nos era casi imposible pasar una semana sin vernos. Y sin embargo, apenas hablábamos de ello. Comprendo que ella experimente los mismos sentimientos que yo cuando nos vemos, pero me es difícil describirlos. Recuerdo un día cuando viajábamos a toda velocidad en auto y atropellamos a una ciclista que debió haber sido muy joven y muy bella: su cuello había quedado casi decapitado entre las ruedas. Nos detuvimos mucho tiempo, algunos metros más adelante, para contemplar a la muerta. La impresión de horror y de desesperación que nos provocaba ese montón de carne ensangrentada, alternativamente bella o nauseabunda, equivale en parte a la impresión que resentíamos al mirarnos. Simone es grande y hermosa. Habitualmente es muy sencilla: no tiene nada de angustiado ni en la mirada ni en la voz. Sin embargo, en lo sexual se muestra tan bruscamente ávida de todo lo que

violenta el orden que basta el más imperceptible llamado de los sentidos para que de un golpe su rostro adquiriera un carácter que sugiere directamente todo aquello que está ligado a la sexualidad profunda, por ejemplo: la sangre, el terror súbito, el crimen, el ahogo, todo lo que destruye indefinidamente la beatitud y la honestidad humanas. Vi por primera vez esa contracción muda y absoluta (que yo compartía) el día en que se sentó sobre el plato de leche. Es cierto que apenas nos mirábamos fijamente, excepto en momentos parecidos. Pero no estamos satisfechos y sólo jugamos durante los cortos momentos de distensión que siguen al orgasmo.

Debo advertir que nos mantuvimos largo tiempo sin acoplarnos. Aprovechábamos todas las circunstancias para librarnos a actos poco comunes. No sólo carecíamos totalmente de pudor, sino que por lo contrario algo impreciso nos obligaba a desafiarlo juntos, tan impúdicamente como nos era posible. Es así que justo después de que ella me pidió que no me masturbase solo (nos habíamos encontrado en lo alto de un acantilado), me bajó el pantalón me hizo extenderme por tierra; luego ella se alzó el vestido, se sentó sobre mi vientre dándome la espalda y empezó a orinar mientras yo le metía un dedo por el culo, que mi semen joven había vuelto untuoso. Luego se acostó, con la cabeza bajo mi verga, entre mis piernas; su culo al aire hizo que su cuerpo cayera sobre mí; yo levanté la cara lo bastante para mantenerla a la altura de su culo: sus rodillas acabaron apoyándose sobre mis hombros. «¿No puedes hacer pipí en el aire para que caiga en mi culo?», me dijo. «Sí, le respondí, pero como estás colocada, mi orín caerá forzosamente sobre tus ropas y tu cara.» «¡Qué importa!» me contestó. Hice lo que me dijo, pero apenas lo había hecho la inundé de nuevo, pero esta vez de hermoso y blanco semen.

El olor de la mar se mezclaba entretanto con el de la ropa mojada, el de nuestros cuerpos desnudos y el del semen. Caía la tarde y permanecimos en esta extraordinaria

posición sin movernos, hasta que escuchamos unos pasos que rozaban la hierba. «No te muevas, te lo suplico», me pidió Simone. Los pasos se detuvieron pero nos era imposible ver quién se acercaba. Nuestras respiraciones se habían cortado al unísono. Levantado así por los aires, el culo de Simone representaba en verdad una plegaria todopoderosa, a causa de la extrema perfección de sus dos nalgas, angostas y delicadas, profundamente tajadas; estaba seguro de que el hombre o la mujer desconocidos que la vieran sucumbirían de inmediato a la necesidad de masturbarse sin fin al mirarlas. Los pasos recomenzaron, precipitándose, casi en carrera; luego vi aparecer de repente a una encantadora joven rubia, Marcela, la más pura y conmovedora de nuestras amigas.

Estábamos tan fuertemente arracimados en nuestras horribles actitudes que no pudimos movernos ni siquiera un palmo y nuestra desgraciada amiga cayó sobre la hierba sollozando. Sólo entonces cambiamos nuestra extravagante posición para echarnos sobre el cuerpo que se nos libraba en abandono. Simone le levantó la falda, le arrancó el calzón y me mostró, embriagada, un nuevo culo, tan bello, tan puro, como el suyo. La besé con rabia al tiempo que la masturbaba: sus piernas se cerraron sobre los riñones de la extraña Marcela que ya no podía disimular los sollozos.

—Marcela —le dije—, te lo suplico, ya no llores. Quiero que me beses en la boca... —Simone le acariciaba sus hermosos cabellos lisos y la besaba afectuosamente por todas partes.

Mientras tanto, el cielo se había puesto totalmente oscuro y, con la noche, caían gruesas gotas de lluvia que provocaban la calma después del agotamiento de una jornada tórrida y sin aire. El mar empezaba un ruido enorme dominado por el fragor del trueno, y los relámpagos dejaban ver bruscamente, como si fuera pleno día, los dos culos masturbados de las muchachas que se habían quedado mudas. Un frenesí brutal animaba nuestros cuerpos. Dos bocas ju-

veniles se disputaban mi culo, mis testículos y mi verga; pero yo no dejé de apartar piernas de mujer, húmedas de saliva o de semen, como si hubiese querido huir del abrazo de un monstruo, aunque ese monstruo no fuera más que la extraordinaria violencia de mis movimientos. La lluvia caliente caía por fin en torrentes y nos bañaba todo el cuerpo enteramente expuesto a su furia. Grandes truenos nos quebrantaban y aumentaban cada vez más nuestra cólera, arrancándonos gritos de rabia, redoblada cada vez que el relámpago dejaba ver nuestras partes sexuales. Simone había caído en un charco de lodo y se embarraba el cuerpo con furor: se masturbaba con la tierra y gozaba violentamente, golpeada por el aguacero, con mi cabeza abrazada entre sus piernas sucias de tierra, su rostro enterrado en el charco donde agitaba con brutalidad el culo de Marcela, que la tenía abrazada por detrás, tirando de su muslo para abrírselo con fuerza.

II-EL ARMARIO NORMANDO

A partir de esa época, Simone contrajo la manía de quebrar huevos con su culo. Para hacerlo se colocaba sobre un sofá del salón, con la cabeza sobre el asiento y la espalda contra el respaldo, las piernas apuntando hacia mí, que me masturbaba para echarle mi esperma sobre la cara. Colocaba entonces el huevo justo encima del agujero del culo y se divertía haciéndolo entrar con agilidad en la división profunda de sus nalgas. En el momento en que el semen empezaba a caer y a regarse por sus ojos, las nalgas se cerraban, cascaban el huevo y ella gozaba mientras yo me ensuciaba el rostro con la abundante salpicadura que salía de su culo.

Muy pronto, como era lógico, su madre que podía entrar en el salón de la casa en cualquier momento, sorprendió este manejo poco común; esta mujer extraordinariamente buena, de vida ejemplar, se contentó con asistir al juego sin decir palabra la primera vez que nos sorprendió en el acto, a tal punto que no nos dimos cuenta de su presencia. Supongo que estaba demasiado aterrada para hablar. Pero cuando terminamos y empezamos a ordenar un poco el desastre, la vimos parada en el umbral de la puerta.

—Haz como si no hubiera nadie —me dijo Simone y continuó limpiándose el culo.

Y en efecto, salimos tan tranquilamente como si se hubiese reducido a estado de retrato de familia.

Algunos días más tarde, Simone hacía gimnasia conmigo en las vigas de una cochera, y orinó sobre su madre,

que había tenido la desgracia de detenerse sin verla: la triste viuda se apartó de ese lugar y nos miró con unos ojos tan tristes y una expresión tan desesperada que impulsó nuestros juegos. Simone, muerta de risa y a cuatro patas sobre las vigas, expuso su culo frente a mi rostro: se lo abrí totalmente y me masturbé al mirarla.

Durante más de una semana dejamos de ver a Marcela, hasta que un día la encontramos en la calle. Esta joven rubia, tímida e ingenuamente piadosa, se sonrojó tan profundamente al vernos que Simone la besó con ternura maravillosa.

—Le pido perdón, Marcela —le dijo en voz baja—, lo que sucedió el otro día fue absurdo, pero no debe impedir que seamos amigos. Le prometo que ya no trataremos de tocarla.

Marcela carecía totalmente de voluntad; aceptó acompañarnos para merendar con nosotros y algunos amigos. Pero en lugar de té, bebimos champaña helado en abundancia.

Ver a Marcela sonrojada nos había trastornado por completo. Nos habíamos comprendido Simone y yo, y a partir de ese momento supimos que nada nos haría detenernos sino hasta cumplir con nuestros planes. Además de Marcela estaban allí otras tres muchachas hermosas y dos jóvenes, el mayor de los ocho no tenía todavía diecisiete años y la bebida había producido un cierto efecto, pero aparte de mí y de Simone nadie se había excitado como planeábamos. Un fonógrafo nos sacó del problema. Simone empezó a bailar un charlestón frenético y mostró hasta el culo sus piernas, y las otras jóvenes invitadas a bailar de la misma manera estaban demasiado excitadas para preocuparse. Llevaban, claro, calzones, pero movían tanto el culo que no escondían gran cosa. Sólo Marcela, ebria y silenciosa, se negó a danzar.

Finalmente, Simone, que pretendía estar absolutamente borracha, tomó un mantel y levantándolo con la mano pro-

puso una apuesta.

—Apuesto —dijo—, a que hago pipí en el mantel frente a todo el mundo.

Se trataba, en principio, de una ridícula reunión de jovenzuelos por lo general habladores y pretenciosos. Uno de los muchachos la desafió y la apuesta se fijó a discreción... es evidente que Simone no dudó un solo instante y empapó el mantel. Pero este acto alucinante la conmovió visiblemente hasta la médula, tanto que todos los jovenzuelos empezaron a jadear.

—Puesto que es a discreción —dijo Simone al perdedor—, voy a quitarte el pantalón ante todo el mundo.

Esto lo hizo sin ninguna dificultad. Una vez que le quitó el pantalón, Simone le quitó también la camisa (para evitar que hiciese el ridículo). Sin embargo no había pasado todavía nada grave: Simone apenas había acariciado ligeramente a su joven amigo totalmente embelesado, borracho y desnudo. Pero ella sólo pensaba en Marcela que desde hacía algún rato me suplicaba que la dejara partir.

—Le prometimos que no la tocaríamos, Marcela, ¿por qué se quiere ir? —le pregunté.

—Porque sí —respondía con obstinación—, al tiempo que una violenta cólera se apoderaba poco a poco de ella.

De repente Simone cayó en el piso con gran terror de los demás. Una convulsión cada vez más fuerte la agitaba, tenía las ropas en desorden, el culo al aire, como si tuviese un ataque de epilepsia, y al rodar a los pies del muchacho que había desvestido, pronunciaba palabras casi desarticuladas: «méame encima... méame en el culo»... repetía como si tuviera sed.

Marcela miraba este espectáculo con fijeza: se había puesto de color carmesí. Entonces me dijo, sin siquiera mirarme, que quería quitarse el vestido; yo se lo arranqué a medias, y luego su ropa interior; sólo conservó sus medias y su liguero, y habiéndose dejado masturbar y besar en la boca por mí, atravesó el cuarto como una sonámbula para

alcanzar un gran armario normando donde se encerró después de haber murmurado algunas palabras a la oreja de Simone.

Quería masturbarse en el armario y nos suplicaba que la dejáramos tranquila.

Hay que advertir que todos estábamos muy borrachos y completamente trastornados por lo que había pasado. El muchacho desnudo se la hacía mamar por una joven. Simone, de pie, y con las faldas alzadas, frotaba su culo desnudo contra el armario en movimiento en donde se oía a la muchacha masturbarse con un jadeo brutal. Y de repente sucedió una cosa increíble: un extraño ruido de agua seguido de la aparición de un hilo y luego de un chorro de agua por debajo de la puerta del armario: la desgraciada Marcela orinaba dentro, al tiempo que se masturbaba. La carcajada absolutamente ebria que siguió degeneró rápidamente en una orgía con caída de cuerpos, piernas y culos al aire, faldas mojadas y semen. Las risas se producían como un hipo involuntario e imbécil, sin lograr interrumpir una oleada brutal dirigida hacia los culos y las vergas. Marcela, solitaria y triste, encerrada en el orinal convertido en prisión, empezó a sollozar cada vez más fuertemente.

Media hora después empezó a pasarme la borrachera y se me ocurrió sacar a Marcela del armario: la desgraciada joven, totalmente desnuda, había caído en un estado terrible. Temblaba y tiritaba de frío. Desde que me vio manifestó un terror enfermizo aunque violento. Por lo demás, yo estaba pálido, más o menos ensangrentado y vestido estrafalariamente. Atrás de mí, yacían, casi inertes y en un desorden inefable, varios cuerpos escandalosamente desnudos y enfermos. Durante la orgía se nos habían clavado pedazos de vidrio que nos habían ensangrentado a dos de nosotros; una muchacha vomitaba; además todos caíamos de repente en espasmos de risa loca, tan desencadenada que algunos habían mojado su ropa, otros su asiento y otros el suelo. De allí salía un olor de sangre, de esperma, de orina y

de vómito que casi me hizo recular de terror; pero el grito inhumano que desgarró la garganta de Marcela fue todavía más terrorífico. Debo decir sin embargo que, en ese mismo momento, Simone dormía tranquilamente, con el vientre al aire, la mano detenida todavía sobre el vello del pubis y el rostro apacible y casi sonriente.

Marcela, que se había precipitado a través del cuarto tambaleándose y gritando como si gruñera, me miró de nuevo: retrocedió como si yo fuera un espectro espantoso que apareciera en una pesadilla, y se desplomó dejando oír una secuela de aullidos cada vez más inhumanos.

Cosa curiosa; ese incidente me devolvió el valor. Alguien iba a venir, era inevitable; pero no pensé ni un instante en huir o en acallar el escándalo. Al contrario, con resolución abrí la puerta. ¡Oh, espectáculo y gozo inusitados! ¡Es fácil imaginar las exclamaciones de horror, los gritos desesperados, las amenazas desproporcionadas de los padres al entrar en la habitación! Con gritos incendiarios e imprecaciones espasmódicas mencionaron la cárcel, el cadalso y los tribunales; nuestros propios camaradas se habían puesto a gritar y a sollozar hasta producir un ruido delirante de gritos y lágrimas: se decía que los habían incendiado y que eran antorchas vivas. Simone gozaba conmigo.

Y sin embargo, ¡qué atrocidad! Nada podía dar fin al delirio tragicómico de esos dementes; Marcela, que seguía desnuda, expresaba, a medida que gesticulaba, y entre gritos de dolor, un sufrimiento moral y un terror imposible de soportar; vimos cómo mordía a su madre en el rostro y se movía entre los brazos que intentaban dominarla en vano.

En efecto, la irrupción de los padres había acabado de destruir lo que le quedaba de razón; para terminar se llamó a la policía y todos los vecinos fueron testigos del inaudito escándalo.

III-EL OLOR DE MARCELA

Mis propios padres no llegaron esa noche. Sin embargo, creí prudente salir pitando en previsión de la cólera de un padre miserable, arquetipo del general católico y chocho. Entré por detrás a la quinta. Me apropié de una cantidad de dinero. Después, seguro de que jamás me buscarían allí, me bañé en la alcoba de mi padre. Y hacia las diez de la noche me fui al campo, pero antes dejé un recado sobre la mesa de mi madre: «Ruego que no me hagan buscar por la policía porque llevo un revólver y la primera bala será para el gendarme y la segunda para mí».

Jamás he tenido la posibilidad de adoptar una actitud y, en esta circunstancia en particular, mi único interés era hacer retroceder a mi familia, enemiga irreductible del escándalo. Con todo, al escribir el recado con la mayor ligereza y no sin reír un poco, me pareció oportuno meter en mi bolsillo el revólver de mi padre.

Caminé toda la noche por la orilla del mar, pero sin alejarme demasiado de X, tomando en cuenta los recovecos de la costa. Trataba solamente de apaciguar una situación violenta, un extraño delirio espectral en que los fantasmas de Simone y de Marcela se organizaban, a pesar mío, con expresiones terroríficas. Poco a poco me vino la idea de matarme, y al tomar el revólver en la mano acabaron de perder el sentido palabras como esperanza y desesperación. Sentí por cansancio que era necesario darle un sentido a mi vida: sólo la tendría en la medida en que ciertos acontecimientos deseados y esperados se cumpliesen. Acepté finalmente la extraordinaria fascinación de los nom-